

Qüid

PUBLICACIÓN PERIÓDICA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS DE LA UASLP (FC-UASLP)

● APOLO-II REGRESA A CASA

En la Luna no hay vida

Tercera y última parte

El Luna-15 había encendido por fin su retrocohetes, en dirección al Mar de las Crisis. Sin embargo, las señales del vehículo desaparecieron de pronto y no volvieron a recuperarse: la sonda se había estrellado contra la superficie.

CUERPO ACADÉMICO
DE MATERIALES/FC-UASLP

Como si le hubiese oído, el Luna-15 soviético modificó otra vez su órbita (hasta los 85 por 16 kilómetros), situando su periastró casi en la vertical de la zona de alunizaje del Apolo-11. Pero el mundo apenas pensaba en aquella máquina.

Nada podía compararse con la presencia de dos hombres, dos seres vivos como nosotros, paseándose sobre nuestro satélite.

El público siguió las casi tres horas de salida extravehicular con extasiado entusiasmo. Las imágenes, en blanco y negro, mostraron las figuras fantasmales de Armstrong y Aldrin moviéndose frente a la cámara. Este último había seguido a su compañero sin pérdida de tiempo.

Sin duda, se estaba haciendo historia, historia "en directo" y por televisión.

La cobertura, posible gracias a la misma tecnología que había enviado a los tres hombres hacia allí, tuvo una resonancia absolutamente universal (excepto en la URSS y en algunos países de la órbita comunista), convirtiéndose en la retransmisión más importante del siglo y quizá de toda la existencia humana.

REGRESO A LA ÓRBITA

Los científicos e ingenieros han hecho otras cosas mucho más importantes, más valiosas, que permitir posarse a un astronauta sobre la Luna, pero las implicaciones políticas, militares y económicas de tal acontecimiento, fueron de un calibre muy superior.

El capitalismo tenía la oportunidad de vencer al comunismo, de demostrar su mejor predisposición hacia el avance de las ciencias y el desarrollo económico; y no la dejó escapar, aunque después sirviese para poca cosa más.

Para los astronautas, por supuesto, había otras cosas en las que pensar. La primera tarea consistiría en recoger una muestra de "contingencia". Si algo inesperado ocurría, no podían regresar a la Tierra con las manos vacías, lo cual hubiera supuesto una gran decepción.

También se leyó una placa conmemorativa unida a una de las patas del tren de aterrizaje del Eagle, y no faltó la instalación de la bandera estadounidense, una considerable dosis de fotografías y un intercambio de palabras con el Presidente Nixon.

Dos horas, 31 minutos y 40 segundos después de haber puesto el pie en la superficie, los dos astronautas regresaban al módulo lunar. Allí se quitaron los trajes y tomaron las últimas instantáneas. Aún tendrían tiempo de dormir un rato antes de afrontar el próximo paso de su viaje, el regreso a la órbita.

EL LUNA DESAPARECE

Al día siguiente, tanto el Eagle como el Columbia fueron preparados para el encuentro. Llegado el momento, el primero encendió el motor de la etapa de ascenso y, utilizando la inferior como rampa de lanzamiento, se dirigió hacia la posición de su compañera.

La unión entre ambas astronaves se efectuó sin contratiempos, como si se hubiese hecho muchas veces anteriormente.

Al mismo tiempo, la antena de Jodrell Bank nos recordaba al otro protagonista. El Luna-15 había encendido por fin su retrocohetes, en dirección al Mar de las Crisis. Sin em-

Una ilusión perdida

MANUEL MARTÍNEZ M.
Universidad Veracruzana

Jim Lovell soñaba con pisar la Luna, hacerla suya. Había alimentado la ilusión por mucho tiempo; era un bello sueño que gradualmente se convirtió en una dulce pasión. Estuvo cerca de tenerla en una de las primeras expediciones Apolo.

En esa ocasión la nave solamente trazó algunas órbitas alrededor de la ansiada Luna. En su obsesión, Lovell imaginó que esas vueltas alrededor del satélite amado eran el preludio, el obligado cortejo antecedente de la posesión total. Contemplando desde la Tierra al objeto de su deseo, Jim prometió a su mujer bautizar a una de las montañas lunares con su nombre: Monte Marilyn.

Cuando Lovell fue llamado a capitanear la misión Apolo 13, cuyo objetivo era desembarcar sobre la superficie del satélite terrestre, su euforia no

tuvo límite. Vivía tan intensamente la ilusión de ese viaje que, en momentos, exageraba todo el asunto: llegó a comparar a Neil Armstrong (primer terrícola que puso pie en la Luna) con Cristóbal Colón.

Puede ser que si, en la primera expedición de Colón, las tres carabelas hubiesen naufragado en el inmenso y desconocido océano, algún otro osado marino, portugués, inglés o italiano -que más da-, habría descubierto la ruta atlántica sin escalas Europa-América.

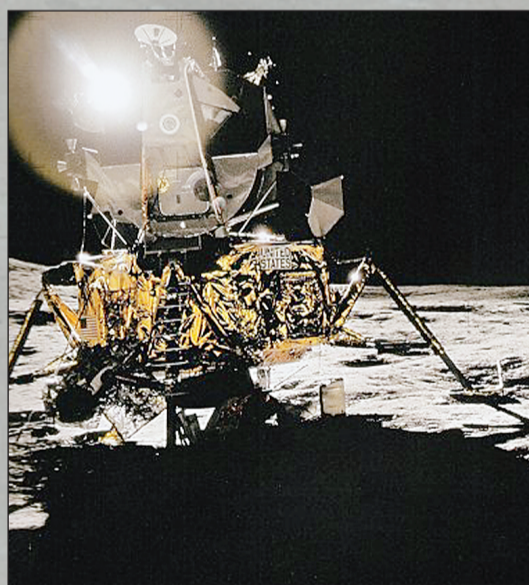
Sin embargo, aquel primer viaje de Colón tuvo el inconfundible sello individual del genovés y se empuñó con un alto grado de incertidumbre; aventura que se inició sin muchas certezas pues, como se sabe, el almirante nunca imaginó lo que encontraría al final del azaroso viaje.

En cambio, las misiones Apolo han sido proyectos colectivos, emprendidos por

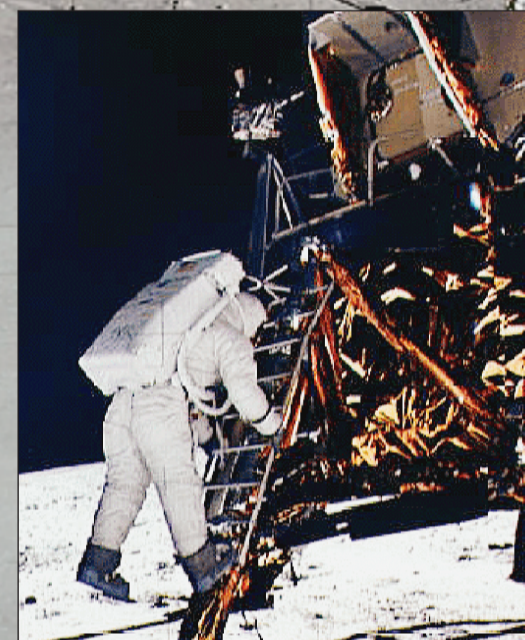
una gran corporación científico-tecnológica, la NASA, dentro de la cual los individuos son piezas intercambiables. Había al menos otros diez astronautas como Armstrong, entre ellos Lovell, quien finalmente lo sustituyó en la expedición Apolo 13.

Ello no obstante, y a pesar de que en estas empresas altamente tecnificadas se intenta reducir la incertidumbre y tener todo bajo control, es imposible cerrar completamente la puerta al ineludible azar.

Y fue el imprevisto azar que hizo vivir la aventura a los tripulantes del Apolo 13: las fallas, improbables pero posibles, impidieron que los astronautas descendieran sobre la Luna. Pero, obras de amor cósmico, fue la deseada Luna la que salvó a Lovell y a sus compañeros, dándoles el impulso necesario para regresar vivos a la Tierra.



Fotos: Pulso



inicial de un largo período de cuarentena.

Pronto resultaría evidente que en la Luna no hay vida ni nada que se le parezca y que los visitantes no podían traer microorganismos dañinos a la Tierra, de modo que tales precauciones serían abandonadas en futuros vuelos.

En el Hornet les esperaba Nixon, y con él los saludos de todos los norteamericanos y buena parte de los ciudadanos del mundo.

En la URSS, los informativos de televisión dedicaron sólo algunos minutos al alunizaje. Aunque el logro americano fue valorado, algunos científicos entrevistados se limitaron a recordar que las sondas automáticas eran más baratas y efectivas (cuando funcionaban) y que ése era el camino a seguir. Nadie mencionó a los anónimos ingenieros que, a pesar de todo, aún bregaban por poner a punto a los L-1, L-3 y N-1.

A nadie se le escapaba, no obstante, que el Apolo-11 implicaba un cambio de era; un cambio de mentalidad y acaso de prioridades que afectaría al futuro de la astronáutica y de la exploración del Cosmos.

Era pues el momento de trazar nuevos objetivos y de tomar importantes decisiones.

EL FINAL DE UN SUEÑO

En la URSS, los informativos de televisión dedicaron algunos minutos al alunizaje y algunos científicos entrevistados se atrevieron a recordar que las sondas automáticas eran más baratas y efectivas (cuando ello fuera posible). Lo cierto es que el programa lunar tripulado soviético no fue cancelado en este punto y que de hecho se trazaron planes para suceder a los americanos a partir de mediados de los setenta.

En efecto, cuando el Apolo-11 descendió sobre la superficie de nuestro satélite, la NASA ya sabía que, con el objetivo cumplido y la amenaza presupuestaria de la guerra del Vietnam planeando sobre sus cabezas, el programa Apolo dejaba de tener sentido.

Los Apolo-18, 19 y 20 fueron cancelados, se interrumpió la fabricación de cohetes Saturno y Nixon juzgó más razonable idear primero un sistema de acceso al espacio más barato y reutilizable (la lanzadera espacial).

Evaporadas las posibilidades del viaje a Marte, la agencia norteamericana entró en una fase de profunda crisis que se tradujo en dos décadas poco productivas. El público, por supuesto, olvidó aún más rápido la hazaña que les había recordado que pertenecían a la nación más poderosa de la Tierra, y el reloj de la exploración tripulada del Sistema Solar se paró definitivamente.